

4 MINUTOS de E. Martín

16:04

<<Normalmente, la gente que se va sin avisar huye en realidad de sus propios fantasmas. Porque dar explicaciones supone reconocer cosas de uno mismo que no gustan o no se pueden controlar. Y para ellos es más fácil irse sin más>>

No sabes cuántas veces he releído esta frase, hermana. Desde aquella conversación, hace años, en la que intentaste aliviar el peso que sentía sobre mis hombros tras el fin inesperado de una relación. Llegó de la nada, cuando todo estaba bien, y esquivó cualquiera de mis lógicas.

¿Sabes cuántas veces, desde entonces, han vuelto a romperme el corazón? Muchas. Pero ya no hablo de lo sentimental. Hablo de las amistades, de los compañeros de trabajo, de las personas que te rodean cada día.

No sabes cuántas veces he recurrido a tu frase. De algún modo combina todo lo que necesito cuando alguna persona ha dinamitado toda la confianza que depositaba en ella: la candidez, la tranquilidad, la confianza en uno mismo, el amarre al mundo real, la estabilidad y la fortaleza mental; pero también la evidencia, la dureza, el desasosiego, la aceptación sumisa de que hay cosas en la vida que suceden y que no podemos hacer nada para evitarlas. Sí, todo eso significa. ¡Es tan poderosa!

Cuéntame, ¿y tú? ¿Cuántas veces, desde entonces, la has recordado para ayudarte a sobrellevar tus momentos de dificultad? Incluso ahora, a más de 3.000 kilómetros de distancia, su eco sigue reverberando. Porque estás lejos, pero siento que me sigue pacificando por dentro el abrazo sereno y reconfortante que solo una persona que te conoce desde que naciste, que ha crecido y aprendido contigo, con la que te has peleado tres millones de veces pero a la que vuelves constantemente para buscar refugio, puede proporcionarte.

Sí, eres el refugio a la mayoría de mis tormentas. Y no importa si no te puedo tocar, ni ver. Y tampoco importa que no puedas coger mi llamada porque ni siquiera sé en qué lugar del hemisferio boreal te encuentras. Lo que importa es que me devolverás la llamada en cuanto puedas, escucharás ese mensaje de voz que tardé cuatro minutos en grabarte y que me contestarás con otro mensaje de otros cuatro minutos dando respuesta a todos y cada uno de los dramas que te planteo.

Hoy te cuento que un amigo ha decidido desvincularse de mí, porque, dice, siente que nuestras vidas son muy dispares y eso "ha desgastado la relación". Y yo no comprendo nada, porque creo que lo que nos pasa, simplemente, es que nos hemos hecho adultos. "Personalmente", le he contestado, "para mí las relaciones

con amigos no se desgastan, solo evolucionan". Que un amigo "te desgaste", ¿quiere decir que desde el principio ya no eras tan importante para él? Contéstame tú que tienes más años de experiencia, que has vivido más, si te ha pasado esto, si de la nada han descargado sobre ti la responsabilidad de que algo, para ti querido y cuidado, acabe.

Hoy te cuento esto pero mañana te contaré que mi jefe me ha tratado con desdén, poniendo el dedo en la llaga, señalando las cosas que no me salen bien. Y pasado mañana te contaré que la vecina con la que tomaba el café ya no me saluda. Y al otro, que mi compañero de piso me está evitando y cierra la puerta de su habitación cuando salgo al pasillo para no tener que cruzarse conmigo. O que mi pareja está mirando vídeos en el móvil mientras le estoy contando algo importante.

Y todas estas cosas me rompen el corazón un poquito. Ya sabes. Cosas triviales de todos los días. Pero entonces recuerdo tu frase. Y relativizo la idea de que la gente pueda salir de tu vida. Dejar de estar. Soltar.

Hoy quiero decirte, hermana, que mejor que yo sabes ya que la vida adulta es complicada, que las personas van y vienen, que los trabajos también y que tus propias circunstancias cambian rápido. Y que en ese vaivén infinito, donde cada elemento se mantiene, se precipita, pende, se desliza o se escapa mecido por el suave pero ágil transcurrir del tiempo, vamos todos: nosotros, nuestras circunstancias, nuestros trabajos, nuestras amistades, nuestros amores, nuestro pasado, nuestro día a día. Y que, sinceramente, no merece la pena detenerse en exceso en aquello que no podemos controlar mientras nos limitemos a vivir en paz, queriendo a los que nos quieren, poniendo ganas y esfuerzo en hacer las cosas bien. Lo que salga mal no habrá sido intencionado, pues habremos puesto la mejor de nuestras voluntades. Y hasta aquí es hasta donde podemos abarcar, todo aquello que sí depende de nosotras.

Que la gente que se marche no deje un amargo rastro. Que sepas encajar el balanceo, la inconsistencia, los altibajos, la irregularidad. Que te hagas a la incertidumbre, la volatilidad, la sorpresa, los cambios. Y que lo hagas con una sonrisa.

Gracias por escucharme siempre.

16:08 